

dificultades materiales de la vida, la muerte es un triunfo, y al propio tiempo la tranquilidad y el reposo. Por algo ha dejado dicho en uno de sus inmortales tercetos al siglo XIX :

«Y á tal punto las cosas han llegado,
»Que hasta en la humilde casa en que se esconde,
»Tiembla el hombre de bien de ser honrado.»

E. G.



NONA



CAPÍTULO PRIMERO.

PUERILIDADES.

DOÑA María de la Paz Pacheco y su buen esposo D. Martín, último barón de la ilustre casa de los Cañizares, jamás fueron los amantes de Teruel, ni Julieta y Romeo, ni siquiera Pablo y Virginia.

Ella había visto á Martín desde los primeros años de su vida como la cosa más natural del mundo, ni más ni menos que como se veía á sí misma, sin que advirtiese prodigio ni portento alguno en que hubiese venido al mundo como es costumbre entre los mortales. Martín, por su

parte, no distinguía en María de la Paz más que ojos bastante perspicaces para descubrir la primera manzana que maduraba en el árbol, y boca expedita para comérsela, porque, como buena hija de Eva, la manzana era su fruta predilecta.

Ambos se encontraron en el camino de la vida á poco de haber nacido, y ningún género de admiración y asombro se causaron al verse por primera vez; más bien pudiera creerse que se habían conocido antes de llegar á conocerse, que se habían visto muchas veces antes de verse por la vez primera. Juntos pasaron los primeros años de la vida, juntos corrían en las eras, juntos saltaban las acequias por donde el agua acude á regar los fecundos surcos de las huertas, y unas veces ella y otras veces él, según las circunstancias del caso, trepaban á lo más alto de los árboles en busca de los nidos que los pájaros esconden en lo más espeso de las hojas.

Eso sí, se daban sus citas, y es preciso convenir en que eran puntuales, sobre todo en esas hermosas tardes de primavera en que el cielo y la tierra se visten de gala para solemnizar la fiesta de la naturaleza con todo el esplendor que Dios ha concedido á los climas meridionales.

En esas tardes, apenas Martín volvía de la escuela y soltaba el libro en que empezaba á deletrear, provisto de una gran rebanada de pan

moreno amasado en la casa y de buena ración de queso de la misma fábrica, salía como pájaro escapado de la jaula, y en cuatro saltos, entre bocado de pan y bocado de queso, se ponía en la misma esquina en que se doblaba la tapia del gran parador que formaba la parte posterior de la casa donde habitaban los padres de María de la Paz, y allí fruncía los labios de un modo particular, dejando escapar un silbido que cortaba el aire como una flecha. Y no caía en saco roto, porque á los dos minutos el postigo de la gran puerta del parador rechinaba bruscamente, y María de la Paz asomaba su cara risueña, veía á Martín apostado en la esquina, y se chupaba los dedos.

Debe advertirse que no era Martín el dulce motivo que ponía á María de la Paz en el caso de chuparse los dedos. Era que traía entre manos una soberbia rebanada de pan, también moreno y amasado en la casa, cubierta de abundante capa de miel amarilla como el oro, cogida en las colmenas de los Juncales, antigua propiedad de los señores de Pacheco, situada en la falda del monte, donde las abejas tenían romeros á manta de Dios, y tomillos á qué quieres boca.

Una vez juntos, emprendían el camino de la Huerta, la cual se encontraba á doscientos pa-

sos, al otro lado de las casas y tocando las tapias del pueblo. Allí aparecían una detrás de otra dos heredades, resguardadas por cerca de adobes sobre las que levantaban sus copas los árboles frutales, y asomaban sus ramos en revuelto desorden los rosales de cien hojas, los jazmineiros dobles, las espesas pasionarias y las impacientes enredaderas, formando oleajes de todos colores. Estas dos heredades no eran más que dos huertos, dos canastillos de frutas cubiertos de flores, con sus altas palmeras que tendían en el aire las inquietas palmas, á modo de alas, como si quisieran volar, Dios sabe dónde.

El primer huerto pertenecía á los Cañizares, el segundo á los Pachecos, de manera que Martín y María de la Paz entraban en ellos como en su casa. Antes que llegaran, los perros del contorno salían á la vereda á recibirlos, ante todo porque el perro es amigo del hombre, y después porque olían el queso de Martín á media legua y el pan de María de la Paz á legua y media.

Así entraban, ya en uno, ya en otro huerto, y la primera operación de María de la Paz era coger la rosa más fresca, más grande y más encarnada que veían sus ojos, y prenderla de cualquier modo en su cabeza, sobre cuyos rizos negros llameaba la rosa como los relámpagos en las nubes en esas noches oscuras como boca

de lobo que no se ven los dedos de las manos; luego cogía una pasionaria, que sujetaba en el doblez del pañuelo entre la garganta y la cintura, algo inclinada hacia el lado izquierdo, y corría en busca de su compañero; pero Martín no reparaba ni en la pasionaria ni en la rosa, porque las flores le importaban tres pitos. Además, toda su atención la absorbían los frutales, porque andaba buscando una fruta que se atreviera á decir «comedme.»

Mas en punto á descubrir la más madura, María de la Paz se pintaba sola, y bien podía esconderse bajo siete estados de hojas, porque daba con ella en menos que canta un gallo. Sus ojos las descubrían, y las manos de Martín las alcanzaban, y una detrás de otra se las comían conforme las iban cogiendo. Cuando tropezaban con algún melocotón fugitivo, redondo como luna llena, encaramado en lo alto de las ramas, donde no era posible llegar, siempre encontraba María de la paz una piedra, que ni hecha de molde, y que, puesta en las manos de Martín, iba derecha al grano, y el melocotón caía por su propio peso, como un pájaro herido en el aire. Á esto le llamaban ellos «cazar al vuelo.»

No era todo miel sobre hojuelas en las relaciones de estos dos personajes, pues solía haber entre ellos sus *dimes* y *diretes*, su *dale que dale* y

su *erre que erre*; y á dos menos tres andaban á la greña por guinda de más ó guinda de menos. Mas no llegaba la sangre al río, en razón á que ella se ablandaba luego que veía el asunto mal parado, y él, después de haberse salido con la suya, cedía siempre; de modo que los dos quedaban contentos, él orgulloso del triunfo de su fuerza, ella satisfecha de obtener lo que deseaba; y la guinda ó la manzana origen de la disputa, pasaba al fin de las manos del uno á las manos de la otra.

Martín se la daba, diciéndole :

—¡Anda.... fea!

Y María la tomaba con una mano, y limpiándose los ojos con el revés de la otra, se sonreía, contestándole á su vez :

—¡Hum!.... ¡Tonto!

Después de esta borrasca, se serenaba el cielo, echaban pelillos á la mar, y vuelta á las andadas.

Así trascurrieron algunos años, sin que el tiempo se detuviera ni un momento á contemplar estas escenas infantiles, y ambos avanzaban en la senda de la vida en una misma dirección, aunque por distintos caminos; ella iba á ser mujer, y el empezaba á ser hombre.

Leía Martín con bastante desparpajo, y, según el maestro de primeras letras, leía en el filo de

una espada. En cuanto á escribir, se lo encontraba hecho, y sus planas servían de muestra en la escuela. Por lo que hace á contar, tenía en la uña las cuatro reglas de la aritmética, y á mayor abundamiento era muy capaz de contarle los pelos al diablo.

No paraban aquí los progresos de su primera educación, porque el Sr. Cura, grande amigo de la casa de los Cañizares, lo había tomado por su cuenta, y quieras que no quieras, le metía en la cabeza *velis nolis* los elementos de la lengua latina, cierta tintura de geografía y algunas ideas generales, que, según el mismo Sr. Cura, no daban en piedra, de forma que el muchacho estaba en camino de llegar á ser casi un pozo de ciencia, tanto más, cuanto que había empezado á cobrarle afición á algunos libros de los que componían la biblioteca del Sr. Cura.

Por lo demás, saltaba como un corzo, corría como una liebre, montaba en pelo la yegua de su padre, y, en fin, donde ponía el ojo ponía la piedra. Martín se hallaba ya en esa edad crítica en que la voz indecisa entre el niño y el hombre no sabe á qué carta quedarse, y prorrumpe en notas desacordadas, como si el niño y el hombre hablaran á un mismo tiempo por la misma boca. Coincidían estas desafinaciones de la voz con esa primera sombra con que el bozo se anuncia.

El hombre, pues, hecho y derecho estaba á la vuelta de un dado.

Para María de la Paz tampoco pasaba el tiempo á humo de pajas, pues sólo en un año había crecido los imposibles; y aunque la señora de Pacheco no era un portento de estatura, el caso es que la hija estaba ya tan alta como la madre, y como quien no quiere la cosa, hoy por mí y mañana por ti, uno por otro, María de la Paz iba presentando en su persona todo aquel conjunto de detalles que ocasionó en su día la perdición del mundo.

Aquella tez siempre tostada por el sol, empezaba á adquirir la blancura mate de los jazmines, empeñada en hacer resaltar lo negro de las cejas, de las pestañas y de los ojos; la boca se había recogido, como si adivinara que ya era preciso medir las palabras, y los labios, encarnados como dos cerezas, parecían como avergonzados de lo que callaban. Subía de vez en cuando á sus mejillas un ligero color de rosa, y casi siempre que esto le sucedía bajaba los ojos.

Un domingo que salían juntas de Misa la señora de Cañizares y la señora de Pacheco, decía esta última:

—Hija mía, la vida es un soplo: no se sabe cómo se pasa el tiempo. Ahí tienes á María de la Paz: ayer jugando en los huertos como una

chicuela, hoy mujer hecha y derecha. ¿Querrás creer que ya le está pequeño de todo el corpiño que le hice para la feria? Nos echan del mundo. Yo, ya casi abuela. Ya ves: ¡para lo que falta!

—¿Y vienes á mí con esas (dijo la señora de Cañizares), cuando el varal de Martín no se sabe dónde va á parar? ¡Parece mentira! Como el invierno se nos echa encima, le he achicado una capa de su padre; pues mira tú: no he tenido que cortarle ni un dedo.

Las excursiones á los huertos se fueron disminuyendo poco á poco, hasta que se acabaron del todo, porque María de la Paz no salía, ocupada cerca de su madre en los quehaceres de la casa, y Martín iba á paseo con su padre y con el señor Cura, ó cogía la escopeta y andaba á tiros con las perdices del monte, ó sacaba la yegua y corría la Ceca y la Meca.

Pero algunos días de fiesta las familias de entrambos pasaban la tarde, ya en un huerto, ya en otro, y allí volvían á encontrarse Martín y María de la Paz.

En una de esas tardes, Martín descubrió en lo alto de un peral un nido.

—¡María!—gritó desde el pie del árbol.

—¡Qué!—contestó ella.

—Ven.... Un nido.

—¿De qué?—preguntó.

—De jilgueros.

—¡Ah! (exclamó ella, llegando al peral.) ¡Jilgueros!... ¡Yo que ando muerta por uno!...

Y olvidándose en aquel momento la niña de la mujer, se abalanzó al árbol, y comenzó á trepar, valiéndose de todos los recursos gimnásticos que los muchachos emplean en estos casos. No necesitó grandes esfuerzos para encaramarse sobre la cruz que formaban los dos brazos en que se partía el tronco del peral; mas no era eso todo lo que se necesitaba para cantar victoria, porque el nido estaba mucho más alto, y era preciso escalar uno de los brazos para poder cogerlo con la mano.

Martín contemplaba la agilidad de su compañera, sin interés y sin curiosidad: ¡Ya se ve!: la había visto tantas veces trepar á las copas más altas, que el espectáculo que presenciaba no le ofrecía novedad ninguna. En cuanto al éxito, era seguro; el nido caería en sus manos.

María de la Paz no se acordaba en aquel momento de que Martín estaba al pie del árbol siguiendo con ojos atentos todos los accidentes de la ascensión. Además, ¿qué podía importarle? ¡La había visto tantas veces subirse á los árboles, que su presencia allí no era ninguna cosa extraordinaria! Mas es lo cierto que ella no veía más que el nido, el nido á dos palmos sobre

su cabeza, medio cubierto por las hojas, dentro del que aleteaban los polluelos, como si creyeran que era su madre la que se acercaba.

María, pues, sin encomendarse á Dios ni al diablo, tiró sus líneas, recogió un poco la saya que embarazaba sus movimientos, y puso el pie sobre el nudo de un vástago, elevándose como en el aire. Era el momento supremo, puesto que sus dedos casi tocaban al nido; pero momento en que á Martín, que no quitaba ojo, le entró tal tentación de risa, que, sin poderse contener, soltó la carcajada.

La muchacha volvió la cabeza sorprendida, y viendo á Martín que se reía como un descosido, se puso encarnada como una amapola, y sujetando la saya como Dios le dió á entender, se echó abajo de un solo salto. Martín seguía riéndose, haciendo á la vez muchos visajes: cualquiera hubiera creído que había visto el cielo abierto.

Ella, cada vez más encendida, lo miró con enojo, diciéndole:

—Martín.... ¡Vaya una gracia!

Y dejándolo con la risa en la boca, echó á correr, abandonando el nido de los jilgueros que tan locamente había deseado.





CAPÍTULO II.

CAÑIZARES Y PACHECOS.

No hay que darle vueltas: donde quiera que haya dos hombres, uno será más que otro, y, si no lo es, querrá serlo; y si no alcanza á conseguirlo, tratará por lo menos de aparentarlo. Tal es el origen de todas las aristocracias, y esta propensión es tan propia de la naturaleza humana, que serán inútiles cuantos sacrificios se hagan por destruirla.

Los Cañizares provenían de muy ilustre ascendencia. Oriundos de Andalucía, no desmintieron nunca su linaje, peleando en los tiempos de la Reconquista, unas veces contra el rey moro de Granada, otras veces contra el rey cristiano de Aragón, según caían las pesas, pero siempre con gran gloria de su nombre y crédito de sus hazañas. Descienden nada menos que del

famoso Lope Cañizares, insigne andaluz que fué alcaide de la torre de Cartagena, en Algeciras, en los tiempos ¡friolera! del rey D. Pedro de Castilla, el Cruel según unos, y según otros el Justiciero.

Sobre la gran puerta del caserón de los Cañizares se ve aún el escudo de piedra toscamente labrado, y son sus armas un campo de gules con ocho aspas de oro por orla. Calcúlese ahora si la familia de Martín tendría puestos sus cinco sentidos en el abolengo de la casa, y si en punto á pergaminos se las mantendría tiesas al lucero del alba.

Remachaba el clavo de sus humos nobiliarios una circunstancia tradicional en la familia, que consistía en que nunca había contraído vínculos de parentescos matrimoniales más que con familias de noble linaje. Así se ve en el árbol genealógico sucederse la descendencia, propagándose por medio de alianzas siempre dignas de su alta alcurnia, unas veces con la casa de Rocamora, otras con la de Aroca, después con la de Ponce de León, luego con la de Montijo, más tarde con la de López de Moratalla, y por último con la de Pérez Monte y con la de Almela, todas nobles por los cuatro costados.

Es verdad que los Cañizares habían venido á menos por lo que hace á bienes de fortuna, por

causas que no es del caso relatar en este momento, y que, reducidos al beneficio de no muy pingües rentas, vivían apartados de las grandezas del mundo casi en el último rincón de la tierra, pegados al terruño, para conservar, junto con el honor de la familia, la poca hacienda que había quedado de su antigua opulencia. Eran, pues, labradores, y vivían entre el cielo y la tierra, ejerciendo la más noble, la más generosa, la más antigua de las industrias humanas, pero sin olvidar ni un momento que eran Cañizares.

Martín formaba á la sazón el último anillo de tan ilustre abolengo, y se hallaba ya en la edad en que urgía pensar seriamente en la mujer que debía encargarse de prolongar la gloria de la estirpe, facilitando á la casa nuevos sucesores. La señora de Cañizares habría dado un dedo de la mano porque su hijo abrazara la carrera eclesiástica, y se le hacía la boca agua pensando en verlo canónigo, y se chupaba los dedos ante la idea de oírle un sermón, uno solo, en cambio siquiera de tantos como ella le echaba todos los días. Pero el sueño de su ambición se desvanecía ante la necesidad de perpetuar el nombre de la casa, idea fija, inamovible del señor de Cañizares; y ¡ya se ve!: como Martín era hijo único, y la buena señora estaba ya fuera de combate, la

puerta se cerraba á toda esperanza , á no ser que Dios hiciese un milagro semejante al que hizo con Sara. La idea , pues , del canónigo sólo se presentaba á su imaginación como un bello imposible.

No obstante , le sonreía cierta dificultad que se ofrecía al matrimonio de su hijo con mujer digna del caso ; porque ¡vaya V. á buscarle novia al último de los Cañizares en un pueblo de cuatro casas , ni en veinte leguas á la redonda ! Y no era cosa de correr el mundo en busca de una madre ilustre , cuyos hijos no habían nacido todavía . Mas eran cuentas galanas , porque con la obcecación propia de todos los deseos tenaces , la señora de Cañizares no contaba con la huésped , y la huésped le estaba sacando los ojos .

Allí , á dos dedos de su propia casa , dos calles por medio , casi en sus barbas ; más aún : en la intimidad de su trato , estaba la familia de los Pachecos , tan linajuda como la de los Cañizares , y tan en ello , que no daban su brazo á torcer en punto á pergaminos ni al más pintado . El mismo señor de Cañizares , que tenía al dedillo la antiquísima alcurnia de los Pachecos , solía decir alguna vez , aunque en voz baja , que un Pacheco valía tanto como un Cañizares .

Nada menos que en tiempo de Julio César era ya noble y principal la familia de los Pachecos .

Su primer ascendiente , Junio Pacheco , fué enviado por César contra los hijos de Pompeyo que sitiaban á Ula , hoy Úbeda , por ser buen caballero , natural de aquella tierra y muy respetado en toda ella , de forma que su alcurnia empieza , digámoslo así , saliendo por los cerros de Úbeda . La stirpe apareció luego en Portugal , donde los descendientes de Junio Pacheco fueron ricos hombres y señores de Ferreira . Un Pacheco se crió con el rey D. Alfonso de Portugal , y fué de los que por mandato del Rey hicieron matar á doña Inés de Castro , casada en secreto con el infante D. Pedro , hazaña cuyo honor no he podido averiguar todavía .

En fin : los Pachecos fueron Maestres de Santiago , Alcaldes , Gobernadores , Regidores , Capitanes de Guerra , Procuradores , cuanto había que ser ; y los restos de la familia , lo mismo que los de los Cañizares , ostentaban sobre la puerta principal de la casa el escudo de su preclara nobleza en campo de plata con dos calderos jaquelados de rojo y dos órdenes de escaques también rojos . Así constaba en la ejecutoria , pues el escudo puesto sobre la puerta de la casa era de yeso ennegrecido por la intemperie , sin más color que el que da el tiempo , desportillado en muchas partes , sobre el que flotaban como cortinas rasgadas finísimas telas de arañas , sien-

do el hueco del casco casa solariega de una larga generación de gorriones, que la heredaban de padres á hijos.

Como se ve, los Pachecos podían escupir por el colmillo y mirar frente á frente á los Cañizares, cosa que al padre de Martín le parecía de perlas, y como hombre que no se duerme en las pajas, había resuelto á sorbo callado emparentar con los Pachecos, llevando *in pectore* la futura novia de su hijo; y he aquí la huéspedada con que no contaba la madre del canónigo.

El buen Cañizares vió acercarse el momento oportuno de tirar la manta y descubrir el pastel de su intento, y aunque no cejaba nunca en sus propósitos, consultaba con su mujer hasta los asuntos más arduos, porque los Cañizares habían sido siempre corteses con las damas.

—Juana (le dijo un día): estos cincuenta y ocho años que llevo encima no han caído en saco roto.

—No tanto (le contestó ella, mirándolo atentamente); porque aún se te ríen los huesos y no te faltan chicoleos para las mozas cuando llega el caso.

—¡Mal año! (exclamó el señor de Cañizares.) Mucha miés y poco trigo. Pero vamos al grano: el muchacho ya es hombre, y hay que pensar en casarlo.

—¡Ave María! (exclamó á su vez ella santiaguándose.) No lo corren moros. ¿Y qué sabe él de eso? Mejor lo vería canónigo. ¡Vaya una prisa! Déjalo que vea mundo.

—¡Mundo! Ahí está el *quid*, Juana.

—¿Y cuál es el *quid*, Diego?

—El *quid* es siempre el mismo. Si ve mundo, se me encalabrinará con la primera que le guiñe los ojos, y tendremos á Periquillo hecho fraile.

—Fraile no (replicó la señora de Cañizares). ¿No sabe latín? Pues bien: que sea canónigo.

—Muy bien, señora (dijo Diego Cañizares). Pero entonces, ¿á dónde voy yo á buscar la descendencia de mi casa? ¿Quién, después de Martín, va á llevar el nombre de la familia? Juana, has pensado muy tarde en tener un hijo canónigo, puesto que no tenemos más que un solo hijo.

Juana se mordió los labios, sin duda por no decir lo que tenía en la punta de la lengua. Sabía muy bien la buena señora que no era suya la culpa.

—Bueno (dijo al fin); cásallo. Pero dime: ¿te ha caído la novia por la chimenea?

—Sí. Hace tiempo que la tengo escogida en la casa de los Pachecos.

—¡Una Pacheca!—exclamó la madre de Martín.

—Justo (insistió su marido). Familia ilustre, con escudo de armas y ejecutoria. ¡Pachecos!

¿eh? ¡Cuántos quisieran! ¡Es una novia de cajón, y el matrimonio se cae de su peso. Á mí me gusta el llanto sobre el difunto; así es que te vas á echar el manto, y un pie detrás de otro, vas á ir á la casa de la viuda de Pacheco, y lisa y llanamente le pides la mano de María de la Paz para el último descendiente de la casa de los Cañizares.

Antes de que la madre de Martín tuviese tiempo para replicar, el padre había desaparecido, dejando como una orden terminante sus últimas palabras, orden que se hacía preciso cumplir al punto y al pie de la letra, porque D. Diego era así, condescendiente, bonachón, pero testarudo, y, sobre todo, ejecutivo.

Mientras la buena mujer se echaba encima la basquiña de alepín de los días que repican recio y el manto de las grandes solemnidades, un mundo de inconvenientes se levantaba en su imaginación, porque ella era también así, humilde, bondadosa, pero viva de genio, y, sobre todo, tenaz como la gota de agua que taladra la piedra.

La primera dificultad que se le ofrecía era que la viuda de Pacheco torciera el gesto y la echara de gran señora, porque al fin la hacienda de los Cañizares no era ninguna cosa del otro mundo, y la Pacheca podía muy bien pensar

para su hija en algún príncipe destronado, y eso que entonces la especie no se hallaba tan propagada como ahora; pero ¡vaya V. á ponerle puertas al campo! La segunda dificultad consistía en que á María de la Paz se le hubiese puesto en el moño otro matrimonio, y, por último, quedaba el recurso de que Martín se hiciera de pencas, y á lo menos se ganaría tiempo.

Dando vueltas á estos pensamientos, llegó á la casa de la viuda, encontrándose las puertas de par en par abiertas, como si estuvieran esperando su visita. Subió uno á uno los anchos peldaños de la escalera, y al llegar al último, se encontró manos á boca con la viuda, que también parecía que la estaba esperando, aunque de toda confianza, porque la Pacheca llevaba ceñido á su ancha cintura un delantal de los que llaman allí de dos azules, y las mangas del vestido remanadas hasta el codo, y un manojito de llaves en la mano, que ni las de San Pedro.

—¡Válgame Dios, Juana! (dijo la Pacheca.) ¡Tú por aquí!... Y mira cómo me encuentras. ¡Ya se ve!: las amas de casa no tenemos más remedio que estar sobre un pie, porque si no, todo se haría sal y agua, y el ojo del amo engorda al caballo. Aquí me tienes que acaban de llegar los cuatro labradores que tenemos en el campo; vienen por simiente, porque dicen que la tierra la

está pidiendo á gritos, y ha sido preciso abrir el granero y la despensa, porque esos hombres algo han de cenar. Y comen que es una bendición. ¡Qué bocas!.....: no tienen suelo. ¡Pobrecillos!; trabajan mucho, y quieras que no quieras, he tenido que empezar el último jamón de este año. Pero, ¿qué aires te traen tan de tiros largos?....

—Tenemos que hablar á solas,—le dijo la de Cañizares.

—Entra, entra (añadió la viuda, abriendo una puerta que tenía á la mano). Aquí hablaremos lo temporal y lo eterno sin que lo entienda la tierra.

Las dos entraron. Era el cuarto que servía de despacho á la Pacheca. Una mesa, un armario, cuatro sillas, todo de pino, y un gran tintero, era todo el menaje del cuarto. Allí despachaba la señora de Pacheco los asuntos de su casa; allí recibía á sus labradores, hacía sus ajustes, tomaba sus notas y llevaba sus cuentas.

—Vamos (sotó el sillón diciendo). Siéntate, y habla; desembucha, porque me tienes en brasas.

—La cosa es muy seria (dijo la señora de Cañizares). Hazte cuenta que á Diego se le ha metido en la cabeza la idea de casar á Martín.

—Muy bien pensado (añadió la viuda), porque al fin no se ha de quedar para vestir imágenes.

—Y me envía (continuó Juana), á pedirte la mano de María de la Paz para su hijo.

La señora de Cañizares se dejó caer sobre el respaldo de la silla, como quien descansa de penosa tarea, y al mismo tiempo la Pacheca se irguió cuanto pudo, frunció ligeramente la boca como quien medita, entornó ligeramente el ojo derecho como si se dijera algo á sí misma, echó sobre la mesa el manojito de llaves que tenía en la mano, y comenzó á bajarse las mangas del corpiño que conservaba remangadas; después cruzó las manos sobre su abundante cintura, y volviéndose á su amiga, le dijo:

—Malo es que á tu marido se le haya metido eso en la cabeza, y si es así, casorio tendremos. ¡Qué vamos á hacerle! Mi María le da media vuelta á la casa en menos que canta un gallo, y sabe sacar jugo de una piedra. Martín no bailó en Belén, y entrará por el aro. Los dos son nobles hasta la pared de enfrente; pan no ha de faltarles, conque.... á la iglesia, y santas pascuas. Este es el mundo.

—Sí (replicó la madre de Martín, mordiéndose los labios). Pero, ¡ya ves! ¡son tan jóvenes!

—Miren que falta les puso.... Pues qué, ¿no han de casarse hasta que tengan nietos?

—Bueno (insistió Juana); pero no se ha de

matar al sastre en una hora. Dejemos que se traten, que se conozcan.

—¡Ave María Purísima! (exclamó la Pacheca.) Pues, mira, hija mía, si ya no se conocen de pe á pa, no sé cuándo diablos van á conocerse.

Era pleito perdido, ó más bien matrimonio hecho, y la señora de Cañizares salió de la casa despidiéndose para siempre de la tenaz imagen de su soñado canónigo. El tonto de Martín se casaría como un borrego, y María de la Paz, ¡qué había de hacer más que casarse! ¿Saben hacer otra cosa las mujeres?

Mas no era todo oro y azul en el asunto, porque el demonio, que no duerme, había cogido la ocasión por un cabello, y andaba haciendo de las suyas. Era el caso que desde la intempestiva risa de Martín al pie del peral, en el momento en que María de la Paz iba á coger el nido de jilgueros, ésta había calado el capote, y no le pasaba Martín de los dientes adentro. Huía de él cielos y tierra, y de seguro allá en su pensamiento le hacía la cruz, ni más ni menos que si viera al demonio en persona.

Daba la fatalidad de que Martín desde aquella misma tarde no veía á María de la Paz una vez sin que, viniera ó no á cuento, dejara de soltar la misma carcajada, y la muchacha volvía á po-

nerse encarnada como rosa de Mayo, y aunque bajaba los ojos, como si quisiera echar un velo sobre su alma, bien claro dejaba ver que la posesión andaba por dentro. Y esta ojeriza iba subiendo de punto, porque Martín, una vez tentado de la risa, andaba siempre tras de María de la Paz, sin dejarla ni á sol ni á sombra, sin más fin que el de echarle la vista encima y soltar la carcajada. Siempre que se veían ocurría lo mismo; él echaba á vuelo las campanas de sus risotadas, y ella, como si acabara de bajarse del peral, se le encendía el rostro y se mordía los labios, como si quisiera coserse la boca.

Como se ve, había entre los dos poco menos que un abismo, y era muy de temer que María de la Paz se pusiera en lo firme y contestara á la petición de los Cañizares con unas calabazas como templos. Si la Pacheca advirtió alguna vez la aversión de su hija al último vástago de los Cañizares, no debió darle importancia, porque al día siguiente de la petición llamó á María, y como la cosa más natural del mundo, le dijo:

—Muchacha, vas á casarte.

—¿Con quién, madre?—preguntó.

—Con Martín Cañizares,—le contestó la señora de Pacheco.

María de la Paz se puso encarnada al oír el nombre del que se le destinaba para marido;

pero en vez de morderse los labios, los dejó sonreirse.

—Bueno (dijo). Me casaré con Martín.

Esta resolución inesperada, ¿fue pura obediencia ó propósito de antemano concebido? Jamás se supo. Ello es que la noticia se esparció por el pueblo, corrió por la huerta, y llegó hasta los últimos límites del campo, sonando de boca en boca como el anuncio de un fausto suceso. Porque, ¡ya se ve!; la unión de las familias habría de celebrarse con toda la pompa propia del caso: Cañizares y Pachecos echarían la casa por la ventana, y habría pan largo para todos los pobres. Así como así, la cosecha había sido á pedir de boca, y los graneros estaban reventando de trigo.

Cada uno quería llevar á la fiesta el óbolo de su alegría, y en la casa de los Cañizares, como en la casa de los Pachecos, no se daba abasto á recibir presentes. Corderos recentales, cabritos mamonés, cántaras de aceite, de vino y de leche, orzas de aceitunas adobadas con limón, hinojo y sal, ollas reventando de arrope espeso y oloroso, tortas amasadas con manteca y escarchadas de azúcar, ó bañadas en miel; pasas sazonadas en racimos á la sombra de los parrales, higos curados al sol y al aire como Dios cría las flores. Y á todo esto, en los corrales de

una y otra casa entraban, como Pedro por su calle, las gallinas que todo lo escarban, los pollos que todo lo pican, los gallos que todo lo cantan; pavos impasibles, conejos del campo y perdices del monte. Aquello era el fin del mundo.

Los labradores y los colonos de una y otra familia se habían dado de ojo y echaban el resto.

La boda no se hizo esperar: al amanecer ya estaban los novios en la iglesia; allí confesaron y comulgaron, el cura les echó la bendición, y quedaron unidos para siempre. Desde allí pasó la comitiva á la casa de los Pachecos; la comitiva era todo el pueblo. Mesa en el parador, mesa en la cocina, mesa en la sala principal de la casa; no faltó cubierto para nadie, porque cuando la viuda de Pacheco abrió la mano, había para todos.

Con el fin de hacer más popular la boda de su hija, dispuso que ésta vistiera un vistoso traje de aldeana. Así es que la reina de la fiesta estaba hecha un ascua de oro, y se llevaba detrás, primero los ojos y después las voluntades. Y la cosa no era para menos, porque lucía un zagalejo de color de naranja, bordado en terciopelo, que después de ceñir la estrecha cintura, dejando adivinar los contornos de la cadera, bajaba en

copiosos pliegues hasta el tobillo, para que pudiera verse un pie pequeño, encerrado primero en una media de seda calada y luego en un zapato de raso blanco, desde donde los ojos podían remontarse á las más locas conjeturas. El talle se descubría íntegro encerrado en un corpicho de terciopelo, abrochado con botones de plata, dentro del que el pecho oprimido hacía esfuerzos inútiles por escaparse. Las mangas, ajustadas hasta la muñeca, no disimulaban ni uno siquiera de los bellos contornos del brazo. Añada V. á esto un pequeño pañuelo de crespón bordado en oro, intentando cubrir la garganta, dos grandes arracadas de plata con diamantes, alhaja inmemorial de la familia de los Pachecos, dos grandes rizos negros como el ébano sobre las dos sienes y una gran trenza doblada y sujeta sobre la cabeza, cuya parte inferior caía sobre la espalda, como cae la noche sobre el día; y añada V. un par de ojos meridionales, dos cejas que ni pintadas, y una boca como un clavel que empieza á abrirse, sobre una cara blanca, blanquísima, como Dios hizo la nieve, y dígaseme si la novia no estaba en punto de caramelo.

Sentada en la parte principal de la sala, mirando á hurtadillas, sonriendo con media boca, y hablando en voz baja, con la cabeza ligera-

mente inclinada sobre el pecho, se la veía como quien espera; mientras Martín iba y venía, entraba y salía, subía y bajaba, como quien busca.

Llegó el momento en que, según costumbre antigua en el pueblo, los convidados hacen sus regalos, depositándolos en la falda de la novia. Allí se echa de todo, dulces, flores, abanicos, pañuelos, dinero, todo.... El cura empezó, echando un pañuelo de seda de muchos colores, que llevaba atada á una de sus puntas la friolera de una onza de oro. Hecha la recolección de los regalos, empezaron los bailes; baile en el parador, baile en la cocina, baile en la sala; las guitarras, las bandurrias y las castañuelas sonaban á la vez en las tres partes: el mundo se venía abajo; de allí á la gloria.

No se sabe cómo los novios desaparecieron, cosa bien natural, puesto que estaban de pie desde el primer canto del gallo, y ya era tarde, y á Martín se le caía el cuerpo á pedazos.

Al otro día por la mañana, María de la Paz Pacheco de Cañizares se levantó temprano, dejando á Martín dormido como un gusano de seda. La cara de la novia, de suyo pálida, apareció ligeramente sonrosada, los ojos como nunca brillantes y la boca risueña como nunca. Mientras Martín dormía, ella tomó posesión del manejo de la casa. Ya muy entrado el día, apare-